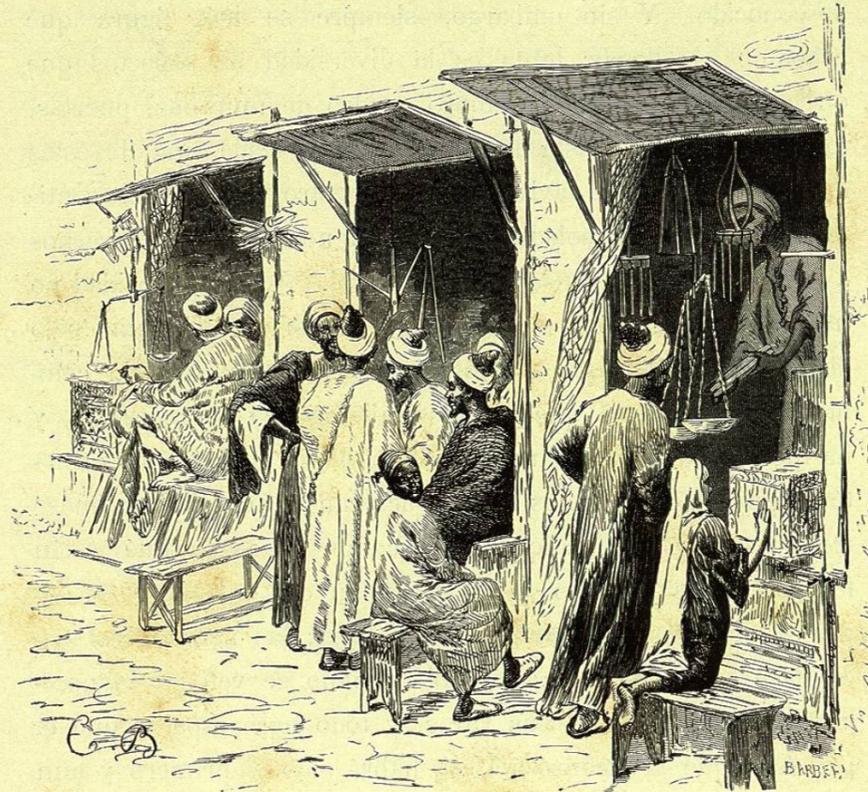


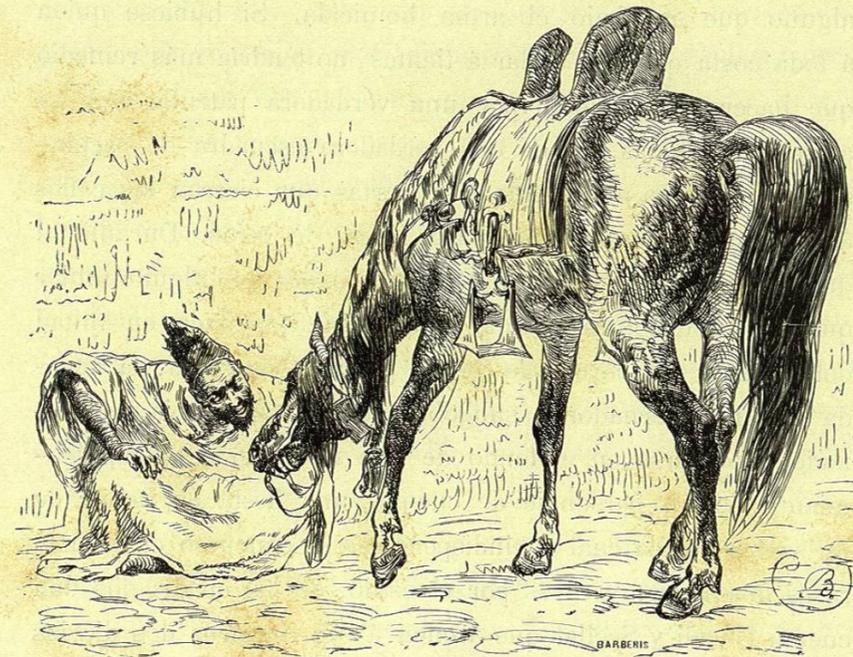
sul, *el hombre de la nariz encorvada*; al capitán, *el hombre de los borceguíes negros*; al comandante, *el hombre de las piernas cortas*; á Ussi, *el hombre del pañuelo blanco*; á Biseo, *el hombre del pelo bermejo*; á Morteo, *el hombre de*



Abacería

*terciopelo*, y á mí, *el hombre del zapato roto*, y es verdad que así lo llevo, pues un agudo dolor en uno de los pies, me ha obligado á practicar una abertura en uno de los botitos. Como se comprende, ocúpanse mucho en nuestros asuntos y, según parece, dicen de nosotros que todos somos unas pobres fachas, juicio del cual ni siquiera escapa el cocinero, que ha recibido la noticia con una risotada de

desprecio, dándose palmadas en uno de los bolsillos del mandil, en que guarda una carta de su novia. Paréceme también que nos encuentran, ó fingen encontrarnos, sumamente ridículos, puesto que en cuanto nos ven en la calle, se echan á reír con una insistencia cargante, siempre que



El árabe y el caballo

uno de nosotros resbala, ó tropieza, ó topa con la rama de un árbol, ó se le cae el sombrero. Á pesar de ello, y de la variedad de puntos de vista, esta población toda de un color, y sin aparente distinción de clases; esto de no oír jamás otro ruido que el eterno rumor de capas y pantuflos; estas mujeres veladas, estas casas ciegas y mudas, esta vida tranquila y misteriosa, acaban por llenar el alma de tedio. Los habitantes viven; pero la ciudad está muerta. En cuanto anochece

es indispensable meterse en casa, sin que pueda ya pensarse en salir de ella. Á dicha hora cesa todo comercio, todo movimiento, toda señal de vida: Fez no es ya más que una vasta necrópolis, en la cual reina el silencio de la muerte, sólo interrumpido de tarde en tarde, y por acaso, por una voz humana, que es ó el aullido de un loco, ó el gemido de alguno que cae bajo el arma homicida. Si hubiese quien á toda costa quisiera andar á tientas, no tendría más remedio que hacerse acompañar por una verdadera patrulla con las armas preparadas, y por una verdadera escuadra de carpinteros que fueran derribando las puertas que cierran las calles á distancia de trescientos pasos unas de otras. Durante el día la ciudad no suministra otras novedades que alguna mujer que se ha encontrado muerta con una puñalada en mitad del corazón; la marcha de alguna pequeña caravana; la llegada de un gobernador ó subgobernador de provincia, condenado á pudrirse en el fondo de una mazmorra; el vapuleamiento de un personaje de cuenta; una fiesta en honor de un santón, en la cual es indispensable el concurso de numerosas descargas; y otras por el estilo, de las cuales nos dan cuenta Ducali y Scellal que vienen á ser nuestros dos diarios ambulantes. Y estas noticias, y lo que todos los días contemplo, y la vida singularísima que aquí llevo, me producen luego, durante la noche, espeluznantes ensueños, en los cuales se confunden bizarramente cabezas cortadas, el desierto, el harem, cárceles, Fez, Tumbuctú y Turín, y luego por la mañana me despierto con un caos inexplicable en la cabeza, y durante largo espacio no acabo de comprender en qué mundo estoy, ni dónde me encuentro.

\* \* \*

¡De cuántas figuras bellas, grotescas, horribles, cómicas y bizarrísimas conservaré el recuerdo en tanto me dure la existencia! Tengo la cabeza llena de tales impresiones, y cuando estoy solo, me complazco en evocarlas, haciéndolas pasar ante mis ojos, cual figuras de linterna mágica, proporcionándome con ello un placer que difícilmente sabría expresar. Por ejemplo, pasa Sid-Buker, personaje misterioso que se presenta indefectiblemente tres veces al día, envuelto en una gran capa blanquecina, baja la cabeza, medio cerrados los ojos, pálido como un cadáver, sin más objeto que conferenciar con el embajador, y se desvanece cual imagen fantasmagórica sin que nadie se aperciba de ello. Pasa el esclavo favorito de Sid-Mussa, joven mulato, bellissimo, gracioso como una muchacha de quince abriles, elegante como un príncipe, alegre y obsequioso, que sube y baja saltando las escaleras, y nos saluda con cierta galantería, inclinándose profundamente, y extendiendo la mano cual si quisiera enviarnos un beso. Pasa un soldado de la guardia, un berberisco que vió la luz en la vertiente del Atlas, rostro sanguinario, que no puedo mirar sin estremecerme, y cada vez que me encuentra, clava en la mía su mirada penetrante, fría, traidora, como si tratara de asesinarme; y cuanto más procuro evitarle, tanto más se me viene delante, pareciendo que adivine la repulsión que me inspira y que experimente un placer incomparable en mortificarme. Pasa una vieja decrepita, que ví desnuda de pies á cabeza junto á la puerta de una mezquita, sin más envoltura que un andrajo ceñido en derredor de las caderas, con la cabeza rasa como la palma de la mano, y tan dema-

crada que me arrancó su vista un grito de horror, y durante un rato permanecí con la sangre helada en las venas. Pasa una pícara mora, que penetrando en su casa en el instante en que atravesábamos por delante de su puerta, arrojó al suelo arrebatada y precipitadamente, al tiempo de cerrar aquella, el manto que la cubría, dejónos entrever su talle elegante y perfectamente modelado, y lanzándonos una mirada ardiente y provocativa cerró. Pasa un tendero viejísimo, de rostro entre espantoso y ridículo, tan encorvado, que hallándose sentado en su oscuro cuchitril, traban conversación el extremo de su barba y las puntas de sus pies: sólo tiene abierto un ojo, apenas perceptible; y cada vez que al pasar delante de su tienda lo contemplo, dicho ojo se abre desmesuradamente, y aparece en su semblante una indefinible burlona sonrisa, que me hiela el corazón. Pasa una morita monísima, de unos diez años, con la cabellera suelta sobre la espalda, que viste una tunicela blanca, ceñida al talle con una faja verde; que al querer pasar desde la azotea de su casa á otra más baja, se le enreda la túnica, no sé si en un garabato ó en la punta de un ladrillo, quedando la niña colgada y dejando de mani-fiesto no sé qué cosillas; y como sabe que en el palacio de la embajada se halla quién la está contemplando, y no puede volver á encaramarse, ni concluir de bajar, comienza á dar desgarradores chillidos, á los cuales acuden todas las mujeres de la casa, que se desternillan de risa. Pasa un mulato gigantesco, loco, que atormentado por la idea fija de que los soldados del Sultán le persiguen para cortarle la mano, va corriendo incesantemente por las calles, como fiera perseguida, agitando convulsivamente el brazo derecho, cual si se lo hubiesen ya mutilado; lanzando alaridos desgarradores que se oyen de uno á otro extremo de la ciudad. Y así pasan y repasan

muchos y muchos; pero el que con persistencia se fija ante mis ojos, es un negro de cincuenta años, criado del palacio, poco más alto y poco menos ancho que un metro, satisfecho de sí mismo, contento con su suerte, que cuando sonrío, y sonrío casi continuamente, tuerce la boca hacia la oreja derecha: la figura más grotesca, más desemejante, más



Maestro y discípulo

soberanamente ridícula que se haya visto jamás debajo la capa del cielo. Yo procuro tener á raya los impulsos de mi risa, y recuerdo que es una indignidad ridiculizar las deformidades humanas, y me reprendo á mí mismo semejante proceder; pero es inútil: la risa puede más que yo mismo, — acaso debe ser algún secreto designio de la Providencia, ¡quién sabe!—y aun cuando no quiera he de soltar la carcajada, y lo peor es, Dios me perdone, que muchas veces me dan impulsos de comprarlo para hacerme con él una pipa.

\* \* \*

Acercándose el día de nuestra marcha, acuden á palacio numerosos mercaderes, y se hacen compras en tanta abundancia, que patios, galerías y aposentos, se halla todo convertido en un inmenso bazar. Doquiera se ven largas hileras de vasos, babuchas con bordados, azafatas labradas, cojines, alfombras y jaiques. Cuanto existe en Fez de más reluciente, rico y cuidadosamente elaborado, se nos ha puesto de manifiesto en estos días. Y en verdad que es cosa curiosísima ver la manera cómo venden esas gentes, sin desplegar los labios, sin dejar escapar la más leve sonrisa, indicando simplemente con la cabeza que están ó no conformes con lo que se les propone, largándose, hayan ó no vendido, con el mismo semblante de autómatas con que se han presentado. Entre todos, el que más singularmente llama la atención, es el aposento de los pintores, convertido en una verdadera tienda de ropavejero, llena de sillas, estribos, espingardas, caftanes, fajas bordadas, piezas de cerámica, pendientes berberiscos, cinturones de mujer ya usados, venidos sabe Dios de dónde, que probablemente hánse visto oprimidos repetidas veces por el amoroso abrazo imperial, y tal vez el año venidero lucirán en una obra maestra expuesta en Nápoles ó en Filadelfia. Sólo una especie falta y son los objetos de antigüedad, recuerdos de los diferentes pueblos que han conquistado y colonizado Marruecos: y si bien es cosa sabida que se encuentran de ellos con frecuencia debajo del suelo ó entre las ruinas, no hay medio de alcanzar ninguno, puesto que, como todo cuanto se encuentra pertenece á la autoridad, aquel que topa con algo lo esconde; y como por otra parte la autoridad no cono-

ce el valor, se destruye y vende como cosa de poco valer cuanto llega á sus manos. Así aconteció hace algunos años con un caballo y algunas estatuillas de bronce, encontrados en el fondo de un pozo, cercano á los restos de un acueducto, todo lo cual fué hecho pedazos y vendido como cobre viejo á un ropavejero israelita.

\* \* \*

Movido por el intento de averiguar el concepto que tienen formado los moros de la civilización europea, he sostenido una animada discusión con un negociante de Fez, cuyos argumentos he aceptado como buenos, pues sólo le he objetado, cuando lo he creído conveniente, para conseguir el fin que me propusiera. Ha sido mi contendiente un moro de unos cuarenta años, de semblante agradable, aspecto honrado y severo, que ha visitado, para asuntos mercantiles, las ciudades principales de la Europa occidental, y permanecido mucho tiempo en Tánger, donde aprendió un poco la lengua castellana. En los días precedentes había ya cambiado con él algunas palabras, á propósito de un pequeño fragmento de cierta estofa, entretejida de seda y oro, por la cual me pedía la friolera de diez doblones. Pero hoy, haciendo recaer la conversación sobre el asunto de sus viajes, le he excitado á hablar, de manera que sus compañeros, que no comprendían una palabra, estaban maravillados. Preguntéle, pues, qué efecto le había producido el espectáculo de las populosas ciudades europeas, en la seguridad de obtener grandes exclamaciones de admiración; pues sabía, como sabe todo el mundo, que de los cuatrocientos ó quinientos negociantes marroquíes